

EL MERIDIANO

Chema R. Morais

No damos una

QUÉ difícil es acertar. Ni pensando mal. Si te quejas de la vergüenza y profundo enfado que te produce que unos consejeros de un banco usaran tarjetas de la entidad para sus comilonas y gastos personales, hay quien te responde que era una entidad privada y que, como tal, podía hacer lo que quisiera. Si replicas que a la entidad privada ha habido que inyectarle dinero público, entonces puedes acabar resultando un demagogo. Cuando lees que Hacienda conocía todos estos movimientos hace años y no actuó, aún sube la indignación, pero como ahora parece que sí se toman cartas en el asunto –cuando el asunto es más que público, notorio, palmario y para palmarla, casi– entonces no hay motivo para quejarse.

Si te molesta lo mal que se han hecho las cosas en la sanidad española con los casos de ébola, vuelven las acusaciones de demagogia en tu contra. Si te preocupas por el perro que ha sido sacrificado es que no te preocupa la enferma. Si, por contra, consideras que la muerte de Excalibur es una anécdota en un caso tan grave como este, no quieres a los animales y, por lo tanto, no quieres a las personas. Si opinas que quizá fue un error traer a los misioneros españoles, eres un antipatriota y un cíncico y alguna cosa más... y peor. Si en cambio te parece bien que repatriaran a los religiosos para poder tratarlos en su país o, quizá, para que pudieran morir en casa, en ese caso estás justificando el presente caso de ébola. Y no hables demasiado de lo que pasa en España, porque entonces no te preocupa el brote en África.

Por otro lado, que cambien a Ana Mato como gestora directa de la crisis del ébola por Soraya Sáenz de Santamaría debe resultarte lógico sí o sí –y, si no, dos males tienen–, ya que a la ministra de Sanidad ni se le destituye ni se le reprende, sino que se le agradece públicamente los servicios prestados... para, inmediatamente después, dejarla sentada en el banquillo. Y, ya por último, para terminar con esta semana con la que Berlanga se hubiera froto las manos justo antes de ponerse a rodar: si crees que el consejero de Sanidad de Madrid tendría que dimitir inmediatamente o, ya que parece que eso es imposible en la actual administración, no volver a hablar al menos hasta 2015... bueno, en este caso, nadie puede replicarte: esto es así, sí o sí. Porque a los ciudadanos, cada uno con su visión, se nos acaba achacando que no damos una. Pero no somos los únicos...

EL MIRADOR | Los recuerdos a Fernando VII se ubican cerca de antiguos burdeles tanto en Madrid como en Pensacola (Florida), ciudad esta que tiene dedicadas calles principales a Palafox y Zaragoza
Por Guillermo Fatás

Por la calle en Pensacola

A FERNANDO VII le dedicaron muchas calles y plazas, pero solo cuando reinó. También en Bilbao y en Barcelona, naturalmente. Hoy tiene uno que ir a Madrid, ciudad sumamente acogedora, para encontrar su calle, más bien escondida. También tiene un monumento, en la calle de Arganzuela, al que Mesonero Romanos llamó, con razón, funeral del buen gusto o cosa similar. (Aun siéndolo, es diez veces más pasable que la mayoría de los recientes adesejos urbanos).

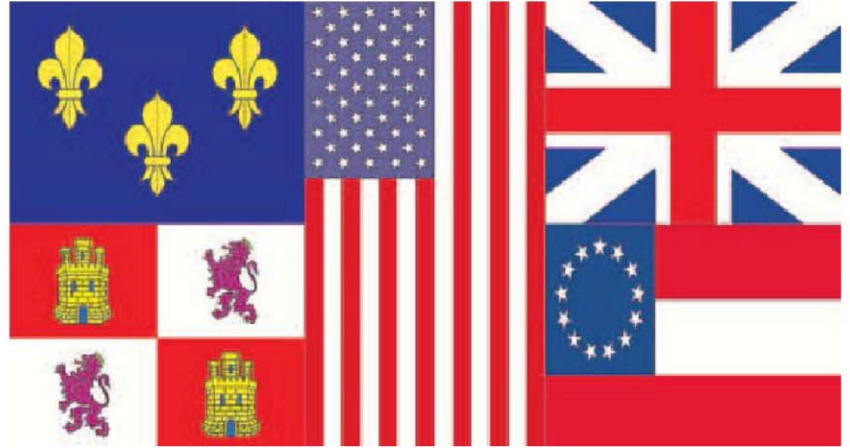
Fernando VII y los burdeles

Hubo cerca de allí un concurrido burdel, de modo que la calle se llamó de la Mancebía. Es sorprendente que ocurriese otro tanto a miles de kilómetros: en Pensacola (Florida, EE. UU., Panzacola para los españoles), cerca de la amplia plaza de Fernando VII, que aún se llama así, hubo un prostíbulo de lujo, regentado por la reputada madama Mollie McCoy. En realidad, el lugar era el centro principal de toda una red de lupanares que Mollie, amparada por la autoridad local, empezó a establecer en 1870 y que llegaron al siglo XX. Es como si los regidores de Madrid y Panzacola hubieran querido satisfacer, con tales excitantes vecindades, la incansable libido del rey felón, convertido en vecino perpetuo y simbólico de los 'meublés'.

Zaragoza Street

Además de estas coincidencias fernandinomericas, hay otra no menos llamativa: el centro de aquel negocio rameril panzacolano, o panzacolino, o panzacoñeño, fue, tras la compra sucesiva de varios locales contiguos, un complejo de lujo, con una veintena de cuidadas suites, sito en el número 15 de West Zaragoza Street. Este nombre no alude, como a veces sucede en México y Guatemala, al general Ignacio Zaragoza, sino a Zaragoza de Aragón.

Según describió un pianista que tocaba allí, los ricos clientes eran recibidos en salones de amplios ventanales, que tamizaban la luz



BANDERA DE PENSACOLA

«El centro del negocio rameril panzacolano fue un complejo de lujo, con una veintena de cuidadas suites, en la calle Zaragoza»

con grandes cortinajes en raso granate. En las paredes y en los muebles dominaba el color oro y había lámparas y muchos objetos de buen cristal. En invierno, el ambiente incluía el llamear de una gran chimenea de mármol.

Como toda madama de postín, Mollie exigía a sus pupilas, hermosas jóvenes de diversas procedencias –las había de Luisiana e incluso del norteño Kentucky–, una conducta discreta.

Hoy ya no se puede recorrer de seguido la calle Zaragoza, porque el peculiar urbanismo de Pensacola la corta tres veces. El paseante cree haber llegado a su término y no es así. En tres ocasiones se interponen manzanas de casas, pero la vía se reanuda sin variar de nombre. La ciudad moderna no quiere aniquilar a la antigua.

Palafox Street

La calle de Zaragoza está cerca de la plaza de Fernando VII, a la que se llega, qué cosa, por Palafox Street. Esta es la vía principal de la ciudad histórica, que la divide de norte a sur. Mide siete u ocho kilómetros. En esta linda ciudad de Florida, todas las vías son 'East' o 'West' según a qué lado queden de la calle que recuerda a José de Palafox y Melzi.

En España y Aragón, Palafox y los Sitios parecen cosas muy vistas, provincianas y patrioterías, percepción debida únicamente a ignorancia. En otro tiempo, Palafox fue blasón de la izquierda: se ha borrado la memoria –que es flaca, tirando a pésima– del Batallón 'Palafox' de las Brigadas Internacionales, principalmente formado por comunistas rusos y polacos para defensa del Frente Popular español. Entre ellos hubo judíos como para formar una compañía entera –la segunda–, objeto de mucha propaganda antinazi y antifascista. Se acogieron al nombre del militar aragonés por ser conocido en todo el mundo como caudillo militar y popular frente a un invasor. Con Agustina Zaragoza sucedió algo bastante similar en la guerra civil.

La bandera de Pensacola

La gente de Pensacola no quiere borrar su pasado. Sus primeros pobladores europeos fueron castellanos del siglo XVI. En el XVIII, en su guerra de independencia frente al Reino Unido, el hazañoso español Gálvez, jugándose la vida con atrevida intuición, ganó la bien defendida plaza a los ingleses, después de haber desbaratado sus fuertes y presidios a lo largo del Misisipi. Mantuvo así un frente meridional que dio a George Washington un valioso alivio militar. Nosotros somos de otra pasta, es evidente, y borramos cuanto podemos.

La bandera de Pensacola está compuesta por cinco yuxtapuestas y nadie cree que sobre ninguna. Ese espíritu les ha llevado a conservar las calles de Zaragoza, de Palafox e incluso de Fernando VII, cuyo recuerdo, por una u otra causa, mantienen vivo.

Hoy, fiesta mayor en Aragón y en España, es probable que en la parroquia pensacolana de San Esteban, el cura, un estadounidense llamado Héctor Pérez, mencione en su homilía dominical, como suele, a «Our Lady of the Pillar of Zaragoza». Que tengan allí también un buen Doce de Octubre.

CUENTOS DE DOMINGO

Antón Castro

Tres Pilares

PILAR es un nombre universal, lleno de resonancias, de melodía, de tradición. Aragón es tierra de Pilares: mujeres que han abierto camino, que trabajan y sueñan, que han sido osadas y de una terquedad imprescindible que sustenta el mundo. Algu-

nas avanzan hacia la inmortalidad: la escritora Pilar Sinués, la pianista Pilar Bayona, la soprano Pilar Lorengar, la periodista Pilar Narvió... El próximo día 20, en el Principal, a iniciativa de la actriz y directora teatral Blanca Resano, se va a rendir homenaje a tres grandes Pilares de la creación y de la industria cultural en Aragón durante años. Son Pilar Delgado, que halló el amor del escritor y periodista Alfonso Zapater en una gira por Albalate del Arzobispo; Pilar Laveaga, riojana emprendedora y corajosa que lideró, con los polifacéticos Mariano y Javier Anós, al Teatro de la Ribera desde su origen hasta su desaparición hace

una década, y Pilar Doce, esencialmente actriz. Las tres (otra Pilar, Molinero, fue recordada hace poco) son muy distintas y complementarias: Pilar Delgado, que fundó La Taguara y obtuvo su mayor éxito con 'Aragón para todos', fue la madrina de los poetas aragoneses de los 70. Laborista en 'Poemas para una voz' (1979) decía: «Pilar Delgado / el verso / la ingenua soledad de los poetas / cabalgando en tus labios / tan solo entre tus labios / cuando era difícil la esperanza». Pilar Laveaga se subía a la escena con profesionalidad, con vehemencia y con sus alaridos, cuando hacían falta; fue una buena directora de actrices y po-

día asumir el vestuario, la gestión, la elección de textos, y eligió mucho, aunque siempre sintió predilección por la pedagogía y la rebeldía de Bertolt Brecht. Pilar Delgado falleció en 1997, tras haber combatido en batalla desigual la amenaza punzante de un cáncer de mama. Pilar Laveaga está seriamente enferma; Paco Ortega última un libro coral sobre su carrera. Y Pilar Doce ahí sigue, vitalista, firme y octogenaria, burlando alguna caída aciaga. Las tres coincidieron en funciones de la Ribera: aún las recordamos con su fuerza telúrica, con el vestuario granate, en 'Bodas de sangre' de Lorca a finales de los 80.